

FLORISA.

Crezcan las simples ovejuetas mías
En el cerrado bosque y verde prado,
Y el caluroso estío é invierno helado.
Abunde en yerbas verdes y aguas frías.
Pase en sueños las noches y los días
En lo que toca al pastoral estado,
Sin que de amor un mínimo cuidado
Sienta, ni sus ancianas niñerías.
Este mil bienes del amor pregona,
Aquel publica del vanos cuidados,
Yo no sé si los dos andan perdidos,
Ni sabré al vencedor dar la corona:
Sé bien que son de amor los escogidos
Tan pocos, cuanto muchos los llamados.

Breve se les lizo á los pastores el camino, engañados y entretenidos con la graciosa voz de Florisa, la cual no dejó el canto hasta que estuvieron bien cerca del aldea y de las cabañas de Elicio y Erastro, que con Lisandro se quedaron en ellas, despidiéndose primero del venerable Aurelio, de Galatea y Florisa que con Teolinda al aldea se fuéron, y los demas pastores cada cual adonde tenia su cabaña. Aquella misma noche pidió el lastimado Lisandro licencia á Elicio para volverse á su tierra, ó adonde pudiese conforme á sus deseos acabar lo poco

LIBRO SEGUNDO.

LIBRES ya y desembarazadas de lo que aquella noche con sus ganados habian de hacer, procuraron recogerse y apartarse con Teolinda en parte donde sin ser de nadie impedidas, pudiesen oír lo que del suceso de sus amores les faltaba. Y así se fuéron á un pequeño jardín, que estaba en casa de Galatea, y sentándose las tres debajo de una verde y pomposa parra que intrincadamente por unas redes de palo se entretreja, tornando á repetir Teolinda algunas palabras de lo que ántes había dicho, prosiguió diciendo: Despues de acabado nuestro baile y el canto de Artidoro, como ya os he dicho, bellas pastoras, á todos nos pareció volvernó al aldea á hacer en el templo los solenes sacrificios, y por parecernos asimesmo que la solemnidad de la fiesta daba en alguna manera licencia; pero no teniendo cuenta tan á punto con el recogimiento, con mas libertad nos holgásemos, y por esto todos los pastores y pastoras en monton confuso, alegre y regocijadamente al aldea nos volvimos, hablando cada uno con quien mas gusto le daba. Ordenó pues la suerte y mi diligencia, y aun la solicitud de Artidoro, que sin mostrar artificio en ello los dos nos apartamos de manera que á nuestro salvo pudiéramos hablar en aquel camino mas de lo que hablamos, si cada uno por sí no tuviera respeto á lo que á sí mismo y al otro debía. En fin, yo por sacarle á barrera, como decirse suele, le dije: Años se te harán, Artidoro, los días que en nuestra aldea estuvieres, pues debes de tener en la tuya cosas en que ocuparte, que te deben de dar mas gusto. Todo el que yo puedo esperar en mi vida, trocará, respondió Artidoro, porque fueran no años, sino siglos los días que aquí tengo de estar; pues en acabándose, no espero tener otros que mas contento me hagan. ¿Tanto es el que recibes, respondí yo, en mirar vuestras fiestas? No nace de ahí, respondió él, sino de contemplar la hermosura de las pastoras de vuestra aldea. Es verdad, repliqué yo, que deben de faltar hermosas zagalas en la tuya. Verdad es que allá

que á su parecer le quedaba de vida. Elicio con todas las razones que supo decirle, y con infinitísimos ofrecimientos de la verdadera amistad que le ofreció, jamas pudo acabar con él que en su compañía siquiera algunos días se quedase; y así el sin ventura pastor abrazando á Elicio con abundantes lágrimas y suspiros se despidió dél, prometiendo de avisarle de su estado donde quiera que él estuviere; y habiéndole acompañado Elicio media legua de su cabaña, le tornó á abrazar estrechamente, y tornándose á hacer de nuevo nuevos ofrecimientos, se apartaron, quedando Elicio con gran pesar del que Lisandro llevaba; y así se volvió á su cabaña á pasar lo mas de la noche en sus amorosas imaginaciones, y á esperar el venidero día para gozar el bien que de ver á Galatea se le causaba. La cual, despues que llegó á su aldea, deseando saber el suceso de los amores de Teolinda, procuró hacer de manera que aquella noche estuviesen solas ella y Florisa y Teolinda; y hallando la comodidad que deseaba, la enamorada pastora prosiguió su cuento como se verá en el segundo libro.

no faltan, respondió el, pero aquí sobran: de manera que una sola que yo he visto, basta para que en su comparacion las de allá se tengan por feas. Tu cortesía te hace decir eso, ó Artidoro, respondí yo; porque bien sé que en este pueblo no hay ninguna que tanto se ventaje como dices. Mejor sé yo ser verdad lo que digo, respondió él, pues he visto la una y mirado las otras. Quizá la miraste de lejos, y la distancia del lugar, dije yo, te hizo parecer otra cosa de lo que debe ser. De la misma manera, respondió él, que á tí te veo y estoy mirando agora, la he mirado y visto á ella, y yo me holgaria de haberme engañado, si no conforma su condicion con su hermosura. No me pesara á mí ser esa que dices, por el gusto que debe sentir la que se ve pregonada y tenida por hermosa. Harto mas, respondió Artidoro, quisiera yo que tú no fueras. Pues ¿qué perderías tú, respondí yo, si como yo no soy la que dices, lo fuera? Lo que he ganado, respondió él, bien lo sé; de lo que he de perder, estoy incierto y temeroso. Bien sabes hacer el enamorado, dije yo, ó Artidoro. Mejor sabes tú enamorar, ó Teolinda, respondió él. A esto le dije: No sé si te diga, Artidoro, que deseo que ninguno de los dos sea el engañado. A lo que él respondió: De que yo no me engaño estoy bien seguro, y de querer tú desengañarte está en tu mano; todas las veces que quisieres hacer experiencia de la limpia voluntad que tengo de servirte. Esa te pagaré yo con la misma, repliqué yo, por parecerme que no sería bien á tan poca costa quedar en deuda con alguno. A esta sazón, sin que él tuviese lugar de responderme, llegó Eleuco el mayoral, y dijo con voz alta: Ea, gallardos pastores y hermosas pastoras, haced que sientan en el aldea nuestra venida, entonando vosotras, zagalas, algun villancico, de modo que nosotros os respondamos; porque vean los del pueblo cuánto hacemos al caso los que aquí vamos para alegrar nuestra fiesta. Y porque en ninguna cosa que Eleuco mandaba, dejaba de ser obedecido, luego los pastores

me dieron á mí la mano para que comenzase, y así sirviéndome de la ocasion y aprovechándome de lo que con Artidoro había pasado, di principio al villancico.

En los estados de amor
Nadie llega á ser perfecto,
Sino el honesto y secreto.

Para llegar al suave
Gusto de amor, si se acierta,
Es el secreto la puerta
Y la honestidad la llave;
Y esta entrada no la sabe
Quien presume de discreto,
Sino el honesto y secreto.

Amar humana beldad
Suele ser reprehendido,
Si tal amor no es medido
Con razon y honestidad:
Y amor de tal calidad
Luego le alcanza en efecto
El que es honesto y secreto.

Es ya caso averiguado,
Que no se puede negar,
Que á veces pierde el hablar
Lo que el callar ha ganado:
Y el que fuere enamorado
Jamás se vera en aprieto,
Si fuere honesto y secreto.

Cuanto una parlara lengua
Y unos atrevidos ojos
Suelen causar mil enojos
Y poner al alma en mengua,
Tanto este dolor desmengua,
Y se libra de este aprieto
El que es honesto y secreto.

No sé si acerté, hermosas pastoras, en cantar lo que habeis oído; pero sé muy bien que se supo aprovechar dello Artidoro, pues en todo el tiempo que en nuestra aldea estubo, puesto que me habló muchas veces, fué con tanto recato, secreto y honestidad, que los ociosos ojos y lenguas parlaras ni tuvieron ni vieron que decir cosa que á nuestra honra perjudicase. Mas con el temor que yo tenia que acabado el término que Artidoro había prometido de estar en nuestra aldea, se había de ir á la suya, procuré, aunque á costa de mi vergüenza, que no quedase mi corazón con lástima de haber callado lo que despues fuera excusado decirse estando Artidoro ausente. Y así, despues que mis ojos dieron licencia que los suyos hermosísimos amorosamente me mirasen, no estuvieron quedas las lenguas, ni dejaron de mostrar con palabras lo que hasta entónces por señas los ojos habían bien claramente manifestado. En fin, sabréis, amigasmias, que un día hallándome acaso sola con Artidoro, con señales de un encendido amor y comedimiento me descubrió el verdadero y honesto amor que me tenia; y aunque yo quisiera entónces hacer de la retirada y melindrosa, porque temia, como ya os he dicho, que él se partiese, no quise desdeñarle ni despedirle, y tambien por parecerme que los sinsabores que se dan y sienten en el principio de los amores, son causa de que abandonen y dejen la començada empresa los que en sus deseos no son muy experimentados; y por esto le di respuesta tal cual yo deseaba dársela, quedando en resolucion concertados en que él se fuese á su aldea, y que de allí á pocos días con alguna honrosa tercería me enviase á pedir por esposa á mis padres; de lo que él fué tan contento y satisfecho, que no acababa de llamar venturoso el día en que sus ojos me miraron. De mí os sé decir que no trocará mi contento por ningun otro que imaginar pudiera, por estar segura que el valor y calidad de Artidoro era tal, que mi padre sería contento de recibirle por yerno. En el dichoso punto que habeis oído, pastoras, estaba el de nuestros amores, que no quedaban sino dos ó tres días á la partida de Artidoro, cuando la fortuna, como aquella que jamas tuvo término en sus cosas, ordenó que una hermana mia de poco menos edad que yo, á nuestra aldea tornase de otra adonde algunos días había estado en casa de una tia nuestra, que mal dispuesta se hallaba; y porque consideréis, señoras, cuán extraños y no pensados casos en el mundo suceden, quiero que entendais una cosa que creo no os dejará de causar alguna admiracion extraña; y es que

esta hermana mia que os he dicho, que hasta entónces había estado ausente, me parece tanto en el rostro, estatura, donaire y brio, si algunó tengo, que no solo los de nuestro lugar, sino nuestros mismos padres muchas veces nos han desconocido, y á la una por la otra hablado, de manera que para no caer en este engaño, por la diferencia de los vestidos, que diferentes eran, nos diferenciaban. En una cosa sola, á lo que yo creo, nos hizo bien diferentes la naturaleza, que fué en las condiciones, por ser la de mi hermana mas áspera de lo que mi contento había menester, pues por ser ella menos piadosa que advertida, tendré yo que llorar todo el tiempo que la vida me durare. Sucedió pues que luego que mi hermana vino al aldea, con el deseo que tenia de volver al agradable pastoral ejercicio suyo, madrugó luego otro día mas de lo que yo quisiera, y con las ovejas propias que yo solia llevar, se fué al prado, y aunque yo quise seguirla por el contento que se me seguía de la vista de mi Artidoro, con no sé qué ocasion mi madre me detuvo todo aquel día en casa, que fué el último de mis alegrías. Porque aquella noche, habiendo mi hermana recogido su ganado, me dijo como en secreto que tenia necesidad de decirme una cosa que mucho me importaba. Yo, que cualquiera otra pudiera pensar de la que me dijo, procuré que presto á solas nos viésemos, adonde ella con rostro algo alterado, estando yo colgada de sus palabras, me comenzó á decir: No sé, hermana mia, lo que piense de tu honestidad, ni menos sé si calle lo que no puedo dejar de decirte, por ver si me das alguna disculpa de la culpa que imagino que tienes; y aunque yo, como hermana menor, estaba obligada á hablarte con mas respeto, debes perdonarme, porque en lo que hoy he visto hallarás la disculpa de lo que te dijere. Cuando yo desta manera la oí hablar, no sabia qué responderle, sino decirle que pasase adelante con su plática. Has de saber, hermana, siguió ella, que esta mañana, saliendo con nuestras ovejas al prado, y yendo sola con ellas por la ribera de nuestro fresco Henáres, al pasar por el alameda del concejo salió á mí un pastor, que con verdad osaré jurar que jamas le he visto en estos nuestros contornos; y con una extraña desenvoltura me comenzó á hacer tan amorosas saluciones, que yo estaba con vergüenza y confusa, sin saber qué responderle; y él, no escarmentado del enojo, que á lo que yo creo en mi rostro mostraba, se llegó á mí diciéndome: ¿Qué silencio es este, hermosa Teolinda, último refugio desta ánima que os adora? Y faltó poco que no me tomé las manos para besármelas, añadiendo á lo que he dicho un catálogo de requiebros que parecia que los traía estudiados. Luego di yo en la cuenta, considerando que él daba en el error en que otros muchos han dado, y que pensaba que con vos estaba hablando: de donde me nació sospecha que si vos, hermana, jamas le hubiéades visto ni familiarmente tratado, no fuera posible tener él atrevimiento de hablaros de aquella manera: de lo cual tomé tanto enojo, que apenas podia formar palabra para responderle; pero al fin respondí de la suerte que su atrevimiento merecia, y cual á mí me pareció que estábades vos, hermana, obligada á responder á quien con tanta libertad os hablara; y si no fuera porque en aquel instante llegó la pastora Licea, yo le añadiera tales razones, que fuera bien arrepentido de haberme dicho las suyas: y es lo bueno, que nunca le quise decir el engaño

Fantasma soy por el amor formada,
Que con sola esperanza me sustento.
D. ¡Oh Tirsí venturoso, y qué envidiada
Es tu suerte de mí con causa justa,
Por ser de las de amor mas extremada!
A tí sola la ausencia te disgusta.
Y tienes el arrimo de esperanza,
Con quien el alma en sus desdichas gusta.
Pero ¡ay de mí, que adonde voy me alcanza
La fría mano del temor esquivo,
Y del desden la rigurosa lanza!
Ten la vida por muerte, aunque mas viva
Se te muestre, pastor; que es cual la vela,
Que cuando muere, mas su luz aviva:
Ni con el tiempo que ligero vuela,
Ni con los medios que el ausencia ofrece
Mi alma fatigada se consuela.
T. El firme y puro amor jamas desrecreo
En el discurso de la ausencia amarga,
Antes en fe de la memoria crece.
Así que en el ausencia corta ó larga,
No ve remedio, el amator perfecto,
De dar alivio á la amorosa carga.
Que la memoria puesta en el objeto
Que amor puso en el alma, representa
La amada imágen viva al intelecto.
Y allí en blando silencio le da cuenta
De su bien ó su mal, según la mira
Amorosa, ó de amor libre y exenta.
Y si ves que mi alma no suspira,
Es porque veo á Fili acá en mi pecho,
De modo que á cantar me llama y tira.
D. Si en el hermoso rostro algun despecho
Vieras de Fili cuando te partiste
Del bien que así te tiene satisfecho.
Yo sé, discreto Tirsí, que tan triste
Vineras como yo cuitado vengo,
Que ví al contrario de lo que tú viste.
T. Damon, con lo que he dicho me entretengo,
Y el extremo del mal de ausencia templo,
Y alegre voy, si voy, si quedo ó vengo.
Que aquella que nació por vivo ejemplo,
De la inmortal belleza acá en el suelo,
Digna de mármol, de corona y templo,
Con su rara virtud y honesto celo
Así los ojos codiciosos ciega,
Que de ningún contrario me recelo.
La estrecha sujeción que no le niega
Mi alma al alma suya, el alto intento,
Que solo en la adorar para y sosiega;
El tener deste amor conocimiento,
Fili, y correspondér á fe tan pura
Destierran el dolor, traen el contento.
D. Dichoso Tirsí, Tirsí con ventura,
De la cual goces siglos prolongados
En amoroso gusto, en paz segura:
Yo, á quien los cortos implacables hados
Trujeron a un estado tan incierto,
Pobre en el merecer, rico en cuidados,
Bien es que muera; pues, estando muerto,
No temeré á Amarilí rigurosa,
Ni del ingrato amor el desconcierto.
¡Oh mas que el cielo, oh mas que el sol hermosa,
Y para mí mas dura que un diamante,
Presta á mi mal, y al bien muy perezosa!
¿Cuál ábrego, cuál cierzo, cuál levante,
Te sopló de aspereza que así ordenas,
Que huiga el paso, y no te esté delante?
Yo moriré, pastora, en las ajenas
Tierras, pues tú lo mandas, condenado
A hierros, muertes, yugos y cadenas.
T. Pues con tantas ventajas te ha dotado,
Damon amigo, el piadoso cielo
De un ingenio tan vivo y levantado;
Templa con él el llanto, templá el duelo,
Considerando bien, que no contino
Nos quemá el sol, ni nos enfría el hielo.
Quiero decir que no sigue un camino
Siempre con pasos llanos reposados
Para darnos el bien nuestro destino.
Que alguna vez por trances no pensados,
Léjos al parecer de gusto y gloria,
Nos lleva á mil contentos regalados.
Revuelve, dulce amigo, la memoria
Por los honestos gustos que algun tiempo
Amor te dió por prendas de victoria.
Y si es posible, busca un pasatiempo
Que al alma engañe, en tanto que se pasa
Este desamorado airado tiempo.
D. Al hielo que por término me abrasa,
Y al fuego que sin término me hiela,
¿Quién le pondrá, pastor, término ó tasa?
En vano cansa, en vano se desvela
El desfavorecido que procura
A su gusto cortar de amor la tela,
Que si sobra en amor, falta en ventura.

Aquí cesó el extremado canto de los agraciados pastores; pero no en el gusto que las pastoras habian recibido en escucharle; ántes quisieran que tan presto no se acabara, por ser de aquellos que no todas veces suelen oírse. A esta sazón los dos gallardos pastores encaminaban sus pasos hácia donde las pastoras estaban, de que pesó á Teolinda, porque temió ser dellos conocida, y por esta causa rogó á Galatea que de aquel lugar se desviasen: ella lo hizo, y ellos pasaron, y al pasar oyó Galatea que Tirsí á Damon decía: Estas riberas, amigo Damon, son en las que la hermosa Galatea apacienta su ganado, y adonde trae el suyo el enamorado Elicio, íntimo y particular amigo tuyo, á quien dé la ventura tal suceso en sus amores, cuanto merecen sus honestos y buenos deseos. Yo ha muchos días que no sé en qué términos le trae su suerte; pero según he oído decir de la recatada condición de la discreta Galatea, por quien él muere, temo que mas aina debe de estar quejoso que satisfecho. No me maravillaria yo desto, respondió Damon, porque con cuantas gracias y particulares dones con que el cielo enriqueció á Galatea, al fin la hizo mujer, en cuyo frágil sugeto no se halla todas veces el conocimiento que se debe, y el que ha menester el que por ellas lo ménos que aventura es la vida. Lo que yo he oído decir de los amores de Elicio es, que él adora á Galatea sin salir del término que á su honestidad se debe, y que la discreción de Galatea es tanta, que no da muestras de querer ni de aborrecer á Elicio, y así debe de andar el desdichado sugeto á mil contrarios accidentes, esperando en el tiempo y la fortuna medios harto perdidos, que le alarguen ó acorten la vida; de los cuales está mas cierto el acortarla que el entretenerla. Hasta aquí pudo oír Galatea de lo que della y de Elicio los pastores tratando iban, de que no recibió poco contento, por entender que lo que la fama de sus cosas publicaba, era lo que á su limpia intencion se debía; y desde aquel punto determinó de no hacer por Elicio cosa que diese ocasión á que la fama no saliese verdadera en lo que de sus pensamientos publicaba. A este tiempo los dos bizarros pastores con vagarosos pasos poco á poco hácia el aldea se encaminaban, con deseo de hallarse á las bodas del venturoso pastor Daranio, que con Silveria de los verdes ojos se casaba; y esta fué una de las causas por que ellos habian dejado sus rebaños, y al lugar de Galatea se venían; pero ya que les faltaba poco del camino, á la mano derecha del sintieron el son de un rabel que acordada y suavemente sonaba, y parándose Damon trabó á Tirsí del brazo, diciéndole: Espera, escucha un poco, Tirsí, que si los oídos no me mienten, el son que á ellos llega es el del rabel de mi buen amigo Elicio, á quien dió naturaleza tanta gracia en muchas y diversas habilidades, quanto las oírás si le escuchas y conocerás si le tratas. No creas; Damon, respondió Tirsí, que hasta agora estoy por conocer las buenas partes de Elicio, que días ha que la fama me las tiene bien manifestadas; pero calla agora, y escuchemos si cantá alguna cosa que del estado de su vida nos dé algun manifiesto indicio. Bien dices, replicó Damon, mas será menester, para que mejor le oigamos, que nos lleguemos por entre estas ramas, de modo que sin ser vistos dél de mas cerca le escuchemos. Hiciéronlo así y pusieron en parte tan buena, que ninguna palabra que Elicio dijo ó cantó, dejó de ser dellos oída y aun notada. Estaba Eli-

cio en compañía de su amigo Erastro, de quien pocas veces se apartaba por el entretenimiento y gusto que de su buena conversacion recebia, y todos ó los mas ratos del día en cantar y tañer se les pasaba; y á este punto, tocando su rabel Elicio y su zampoña Erastro, á estos versos dió principio Elicio.

ELICIO.

Rendido á un amoroso pensamiento
Con mi dolor contento,
Sin esperar mas gloria,
Sigo la que persigue mi memoria,
Porque con tino en ella se presenta
De los brazos de amor libre y exenta.
Con los ojos del alma aun no es posible
Ver el rostro apacible
De la enemiga mia,
Gloria y honor de cuanto el cielo cria,
Y los del cuerpo quedan solo en vella
Ciegos, por haber visto el sol en ella.
¡Oh dura servidumbre, aunque gustosa!
Oh mano poderosa
De amor, que así pudiste
Quitarme, ingrato, el bien que prometiste
De hacermé, cuando libre me burlaba
De tí, del arco vicio y de tu aljaba!
¿Cuánta belleza; cuánta blanca mano
Me mostraste tirano!
¿Cuánto te fatigaste
Primero que á mi cuello el lazo echaste!
Y aun quedaras vencido en la pelea,
Si no hubiera en el mundo Galatea.
Ella fué sola la que sola pudo
Rendir el golpe crudo
De corazon exento,
Y avasallar el libre pensamiento,
El cual, si á su querer no se rindiera,
Por de mármol ó acero le tuviera.
¿Qué libertad puede mostrar su fuero
Ante el rostro severo
Y mas que el sol hermoso
De la que turba y causa mi reposo?
¡Ay rostro, que en el suelo
Descubres cuanto bien encierra el cielo!
¿Cómo pudo juntar naturaleza
Tal rigor y aspereza
Con tanta hermosura,
Tanto valor y condición tan dura?
Mas mi dicha consiente
En mi daño juntar lo diferente.
Este tan fácil á mi corta suerte
Ver con la amarga muerte
Junta la dulce vida,
Y estar su mal á do su bien anida,
Que entre contrarios veo
Que mengua la esperanza, y no el deseo.

No cantó mas el enamorado pastor, ni quisieron mas detenerse Tirsí y Damon, ántes haciendo gallarda é improvisa muestra, hácia donde estaba Elicio se fuéron, el cual como lo vió, conociendo á su amigo Damon, con increíble alegría le salió á recibir, diciéndole: ¿Qué ventura ha ordenado, discreto Damon, que la des tan buena con tu presencia á estas riberas, que grandes tiempos ha que te desean? No puede ser sino buena, respondió Damon, pues me ha traído á verte, ó Elicio, cosa que yo estimo en tanto cuanto es el deseo que de ello tenía, y la larga ausencia y la amistad que te tengo me obligaba; pero si por alguna cosa puedes decir lo que has dicho, es porque tienes delante al famoso Tirsí, gloria y honor del castellano suelo. Cuando Elicio oyó decir que aquel era Tirsí, de él solamente por fama conocido, recibéndole con mucha cortesía, le dijo: Bien conforma tu agradable semblante, nombrado Tirsí, con lo que de tu valor y discreción en las cercanas y apartadas tierras la parlara fama pregona; y así, á mí á quien tus escritos han admirado é inclinado á desear conocerte y servirte, puedes de hoy mas tener y tratar como verdadero amigo. Es tan conocido lo que yo gano en eso, respondió Tirsí, que en vano pregonaria la fama lo que la afición que me tienes te hace decir que de mí pre-

gona, si no conociere la merced que me haces en querer ponerme en el número de tus amigos; y porque entre los que lo son, las palabras de comedimiento han de ser excusadas, cesen las nuestras en este caso, y den las obras testimonio de nuestras voluntades.

La mia será contino de servirte, replicó Elicio, como lo verás, ó Tirsí, si el tiempo ó la fortuna me ponen en estado que valga algo para ello; porque el que agora tengo, púesto que no le trocaria con otro de mayores ventajas, es tal, que apenas me deja con libertad de ofrecer el deseo. Teniendo como tienes el tuyo en lugar tan alto, dijo Damon, por locura tendria procurar bajarle á cosa que ménos fuese; y así, amigo Elicio, no digas mal del estado en que te hallas, porque yo te prometo, que cuando se comparase con el mio, hallaria yo ocasión de tenerte mas envidia que lástima. Bien parece, Damon, dijo Elicio, que ha muchos días que faltas destas riberas, pues no sabes lo que en ellas amor me hace sentir; y si esto no es, no debes conoçer, ni tener experiencia de la condición de Galatea, que si della tuvieses noticia, trocarias en lástima la envidia que de mí tendrías. Quien ha gustado de la condición de Amarilí, ¿qué cosa nueva puede esperar de la de Galatea? respondió Damon. Si la estada tuya en estas riberas, replicó Elicio, fuere tan larga como yo deseo, tú, Damon, conocerás y verás en ellas, y oírás en otras cómo andan en igual balanza su crueldad y gentileza: extremos que acaban la vida al que su desventura trujo á términos de adorarla. En las riberas de nuestro Henáres, dijo á esta sazón Tirsí, mas fama tenia Galatea de hermosa que de cruel; pero sobre todo se dice que es discreta; y si esta es la verdad, como lo debe ser, de su discreción nace el conocerse, y de conocerse estimarse, y de estimarse no querer perderse, y del no querer perderse viene el no querer contentarte; y viendo tú, Elicio, cuán mal corresponde á tus deseos, das nombre de crueldad á lo que debias llamar honroso recato; y no me maravillo, que en fin es condición propia de los enamorados poco favorecidos. Razon tendrías en lo que has dicho, ó Tirsí, replicó Elicio, cuando mis deseos se desviasen del camino que á su honra y honestidad conviene; pero si van tan medidos como á su valor y crédito se debe, ¿de qué sirve tanto desden, tan amargas y desabridas respuestas, y tan á la clara esconder el rostro al que tiene puesta toda su gloria en solo verle? ¡Ay, Tirsí, Tirsí! respondió Elicio, ¡y cómo te debe tener el amor puesto en lo alto de sus contentos, pues con tan sosegado espíritu hablas de sus efectos! No sé yo cómo viene bien lo que tú agora dices, con lo que un tiempo decias cuando cantabas:

¡Ay de cuán ricas esperanzas vengo
Al deseo mas pobre y encogido!

con lo demas que á esto añadiste. Hasta este punto habia estado callando Erastro, mirando lo que entre los pastores pasaba, admirado de ver su gentil donaire y apostura, con las muestras que cada uno daba de la mucha discreción que tenia. Pero viendo que de lance en lance á razonar de casos de amor se habian reducido, como aquel que tan experimentado en ellos estaba, rompió el silencio, y dijo: Bien creo, discretos pastores, que la larga experiencia os habrá mostrado que no se puede reducir á continuado término la condición de los enamorados corazones, los cuales como se gobiernan

por voluntad ajena, á mil contrarios accidentes están sujetos; y así tú, famoso Tirsi, no tienes de qué maravillarte de lo que Elicio ha dicho, ni él tampoco de lo que tú dices, ni traer por ejemplo aquello que él dice que cantabas, ni ménos lo que yo sé que cantaste cuando dijiste:

La amarillez y la flaqueza mía,

donde claramente mostrabas el afligido estado que entonces poseías, porque de allí á poco llegaron á nuestras cabañas las nuevas de tu contento, solenizadas en aquellos versos tan nombrados tuyos, que si mal no me acuerdo comenzaban:

Sale el aurora, y de su fértil mano.

Por do claro se conoce la diferencia que hay de tiempos á tiempos, y cómo con ellos suele mudar amor los estados, haciendo que hoy se ria el que ayer lloraba, y que mañana llora el que hoy rie. Y por tener yo tan conocida esta su condicion, no puede la aspereza y desden zahareño de Galatea acabar de derribar mis esperanzas, puesto que yo no espero de ella otra cosa, sino es que se contente de que yo la quiera. El que no esperase buen suceso de un tan enamorado y medido deseo como el que has mostrado, ó pastor, respondió Damon, renombre mas que de desesperado merecia: por cierto que es gran cosa lo que de Galatea pretendes. Pero dime, pastor, así ella te la conceda: ¿es posible que tan á regla tienes tu deseo, que no se adelanta á desear mas de lo que has dicho? Bien puedes creerle, amigo Damon, dijo Elicio, porque el valor de Galatea no da lugar á que de ella otra cosa se desee ni se espere, y aun esta es tan difícil de obtenerse, que á veces á Erastro se entibia la esperanza y á mí se enfría, de manera que él tiene por cierto, y yo por averiguado, que primero ha de llegar la muerte que el cumplimiento della. Mas porque no es razon recibir tan honrados huéspedes con los amargos cuentos de nuestras miserias, quédense ellas aquí, y recojámos al aldea, donde descansaréis del pesado trabajo del camino, y con mas sosiego, si de ello gustáredes, entenderéis el desasosiego nuestro. Holgaron todos de acomodarse á la voluntad de Elicio, el cual y Erastro, recogiendo sus ganados, puesto que era algunas horas ántes de lo acostumbrado, en compañía de los dos pastores, hablando en diversas cosas, aunque todas enamoradas, hácia el aldea se encaminaron. Mas como todo el pasatiempo de Erastro era tañer y cantar, así por esto como por el deseo que tenia de saber si los dos nuevos pastores lo hacian tan bien como de ellos se sonaba, por moverlos y convidarlos á que otro tanto hiciesen, rogó á Elicio que su rabel tocase, al son del cual así comenzó á cantar.

ERASTRO.

*Ante la luz de unos serenos ojos
Que al sol dan luz con que da luz al suelo,
Mi alma así se enciende, que recelo
Que presto tendrás, muerte, sus despojos.
Con la luz se conciertan los manojos
De aquellos rayos del señor de Delo:
Tales son los cabellos de quien suelo
Adorar su beldad puesto de hinojos.
¡Oh clara luz, oh rayos del sol claro,
Antes el mismo sol! de vos espero
Solo que constais que Erastro os quiera.
Si en esto el cielo se me muestra ávaro,
Antes que acabe del dolor que muerro
Haced, ó rayos, que de un rayo muera.*

No les pareció mal el soneto á los pastores, ni les descontentó la voz de Erastro, que puesto que no era de las

muy extremadas, no dejaba de ser de las acordadas, y luego Elicio, movido del ejemplo de Erastro, le hizo que tocase su zampoña, al son de la cual este soneto dijo.

ELICIO.

*¡Ay, que al alto designio que se cria
En mi amoroso firme pensamiento,
Contradican el cielo, el fuego, el viento,
La agua, la tierra y la enemiga mía!
Contrarios son de quien temer debria,
Y abandonar la empresa y sano intento;
Mas ¿quién podrá estorbar lo que el violento
Hado implacable quiere, amor porfia?
El alto cielo, amor, el viento, el fuego,
La agua, la tierra y mi enemiga bella,
Cada cual con fuerza, y con mi hado,
Mi bien estorbe, esparza, abraza, y luego
Deshaga mi esperanza; que aun sin ella
Imposible es dejar lo comenzado.*

En acabando Elicio, luego Damon al son de la misma zampoña de Erastro, desta manera comenzó á cantar.

DAMON.

*Mas blando fui que no la blanda cera,
Quando imprimí en mi alma la figura
De la bella Amarilli, esquiva y dura,
Cual duro mármol ó silvestre fiera.
Amor me puso entonces en la esfera
Mas alta de su bien y su ventura:
Agora temo que la sepultura
Ha de acabar mi presuncion primera.
Arrimóse el amor á la esperanza,
Cual vid al olmo, y fué subiendo apriesa,
Mas faltóle el humor y cesó el vuelo:
No el de mis ojos, que por larga usanza
Fortuna sabe bien, que jamas cesa
De dar tributo al rostro, al pecho, al suelo.*

Acabó Damon, y comenzó Tirsi al son de los instrumentos de los tres pastores á cantar este soneto.

TIRSI.

*Por medió de los filos de la muerte
Rompí mi fe, y á tal punto he llegado,
Que no envidio el mas alto y rico estado
Que encierra humana venturosa suerte.
Todo este bien nació de solo verte,
Hermosa Fili, ó Fili, á quien el hado
Dotó de un ser tan raro y extremado,
Que en risa el llanto, el mal en bien convierte.
Como amansa el rigor de la sentencia,
Si el condenado el rostro del rey mira,
Y es ley que nunca tuerce su derecho;
Así ante tu hermosísima presencia
La muerte huye, el daño se retira,
Y deja en su lugar vida y provecho.*

Al acabar Tirsi, todos los instrumentos de los pastores formaron tan agradable música, que causaba grande contento á quien la oia, y mas ayudándoles de entre las espesas ramas mil suertes de pintados pajarillos, que con divina armonía parece que como á coros les iban respondiendo. Desta suerte habian caminado un trecho, cuando llegaron á una antigua ermita que en la ladera de un montecillo estaba, no tan desviada del camino, que dejase de oirse el son de una arpa que dentro al parecer tañian, el cual oido por Erastro, dijo: Deteneos, pastores, que segun pienso, hoy oirémos todos lo que ha dias que yo deseo oir, que es la voz de un agraciado mozo que dentro de aquella ermita habrá doce ó catorce dias se ha venido á vivir una vida mas áspera de lo que á mí me parece que puedan llevar sus pocos años, y algunas veces que por aquí he pasado, he sentido tocar un arpa y entonar una voz tan suave, que me ha puesto en grandísimo deseo de escucharla; pero siempre he llegado á punto que él le ponía en su canto; y aunque con hablarle he procurado hacerme su amigo, ofreciéndole á su servicio todo lo que valgo y puedo, nunca he podido acabar con él que me descubra quién es, y las

causas que le han movido á venir de tan pocos años á ponerse en tanta soledad y estrechez. Lo que Erastro decia del mozo y nuevo ermitaño, puso en los pastores el mismo deseo de conocerle que él tenia, y así acordaron de llegarse á la ermita de modo que sin ser sentidos pudiesen entender lo que cantaba ántes que llegasen á hablarle; y haciéndolo así, les sucedió tan bien, que se pusieron en parte donde, sin ser vistos ni sentidos, oyeron que al son de la arpa el que estaba dentro semejantes versos decia.

*Si han sido el cielo, amor y la fortuna
Sin ser de mí ofendidos,
Contentos de ponerme en tal estado,
En vano al aire envío mis gemidos:
En vano hasta la luna
Se vió mi pensamiento levantado.
¡Oh riguroso hado!*

*¡Por cuán extrañas desusadas vias
Mis dulces alegrías
Han venido á parar en tal extremo
Que estoy muriendo, y aun la vida temo!
Contra mí mesmo estoy ardiendo en ira,
Por ver que sufro tanto
Sin romper este pecho, y dar al viento
Esta alma, que en mitad del duro llanto
Al corazón retira
Las últimas reliquias del aliento;
Y allí de nuevo siento
Que acude la esperanza á darme fuerza,
Y aunque fingida á mí vivir es fuerza,
Y no es piedada del cielo, porque ordena
A larga vida dar mas larga pena.
Del caro amigo el lastimado pecho
Enterneció esté mio,
Y la empresa difícil tomé á cargo.
¡Oh discreto fingir de desvario!*

*Oh nunca visto hecho!
Oh caso gustosísimo y amargo!
¡Cuán dadivoso y largo
Amor se me mostró por bien ajeno,
Y cuán avaro y lleno
De temor y lealtad para conmigo!
Pero á mas nos obliga un firme amigo.
¡Injustas pagas, voluntades justas
A cada paso vemos
Dadas por mano de fortuna esquiva,
Y de ti, falso amor, de quien sabemos
Que te alegras y gustas
De que un firme amador muriendo viva,
Abrazadora y viva
Llama se encienda en tus ligeras alas,
Y las buenas y malas
Sactas en cenizas se resuelvan,
O al dispararlas contra ti se vuelvan.
¡Por qué camino, con qué fraude y maña,
Por qué extraño rodeo
Entera posesion de mí tomaste?
Y cómo en mi piadoso alto deseo,
Y en mis limpias entrañas
La sana voluntad, falso, trocaste?
¡Juicio habrá que basta
A llevar en paciencia el ver, perjuro,
Que entré libre y seguro
A tratar de tus glorias y tus penas,
Y agora al cuello sienta tus cadenas?
Mas no de ti, sino de mí sería
Razon que me quejase,
Que á tu fuego no hice resistencia.
Yo me entregué, yo hice que soprase
El viento que dormía
De la ocasion con furia y violencia:
Justísima sentencia
Ha dado el cielo contra mí que muera,
Aunque solo se espera
De mí infelice hado y desventura,
Que no acabe mi mal la sepultura.
¡Oh amigo dulce, oh dulce mi enemiga,
Timbrio, y Nisida bella,
Dichosos juntamente y desdichados!
¡Cuán dura, inicu, inexorable estrella
De mí daño enemiga;
Cuál fuerza injusta de implacables hados
Nos tiene así apartados?
¡Oh miserable, humana, frágil suerte!
Cuán presto se convierte
En subito pesar una alegría,
Y sigue escura noche al claro día!
De la inestabilidad de la mudanza
De las humanas cosas
¡Cuál será el atrevido que se fie?*

*Con alas vuela el tiempo presurosas,
Y tras sí la esperanza
Se lleva del que llora y del que rie;
Y ya que el cielo envíe
Su favor, solo sirve al que con celo
Santo levanta al cielo
El alma en fuego de su amor deshecha,
Y al que no mas le daña que aprovecha.
Yo como puedo, buen Señor, levanto
La una y otra palma,
Los ojos, la intencion al cielo santo,
Por quien espera el alma
Ver vuelto en risa su continuo llanto.*

Con un profundo suspiro dió fin al lastimado canto el recogido mozo, que dentro en la ermita estaba; y sintiendo los pastores que adelante no proseguia, sin detenerse mas, todos juntos entraron en ella, donde vieron á un cabo sentado encima de una dura piedra á un dispuesto y agraciado mancebo, al parecer de edad de veinte y dos años, vestido de un tosco burriel, con los piés descalzos y una áspera sogá ceñida al cuerpo, que de cordón le servia. Estaba con la cabeza inclinada á un lado, y la una mano asida de la parte de la túnica que sobre el corazón caia, y el otro brazo á la otra parte flojamente derribado; y por verle desta manera, y por no haber hecho movimiento al entrar de los pastores, claramente conocieron que desmayado estaba, como era la verdad, porque la profunda imaginacion de sus miserias muchas veces á semejante término le conducia. Llegóse á él Erastro, y trabándole recio del brazo, le hizo volver en sí, aunque tan desacordado, que parecia que de un pesado sueño recordaba, las cuales muestras de dolor, no pequeño le causaron á los que lo veian, y luego Erastro le dijo: ¿Qué es esto, señor, qué es lo que siente vuestro fatigado pecho? No dejéis de decirlo, que presentes teneis quien no rehusará fatiga alguna por dar remedio á la vuestra. No son esos, respondió el mancebo con voz algo desmayada, los primeros ofrecimientos que me has hecho, ni aun serian los últimos que yo acertase á servir si pudiese; pero hame traído la fortuna á términos, que ni ellos pueden aprovecharme, ni yo satisfacerlos mas de con el deseo. Este puedes tomar en cuenta del bueno que me ofreces; y si otra cosa de mí deseas saber, el tiempo, que no encubre nada, te dirá mas de lo que yo quisiera. Si al tiempo dejas que me satisfaga de lo que me dices, respondió Erastro, poco debe agradecerse tal paga; pues él á pesar nuestro echa en las plazas lo mas secreto de nuestros corazones. A este tiempo todos los demas pastores le rogaron que la ocasion de su tristeza les contase, especialmente Tirsi, que con eficaces razones le persuadió y dió á entender que no hay mal en esta vida que con ella su remedio no se alcansase, si ya la muerte, atajadora de los humanos discursos, no se opone á ellos; y á esto añadió otras palabras, que al obstinado mozo movieron á que con las suyas hiciese satisfechos á todos de lo que dél saber deseaban, y así les dijo: Puesto que á mí me fuera mejor, ó agradable compañía, vivir lo poco que me queda de vida sin ella, y haberme recogido á mayor soledad de la que tengo, todavia por no mostrarme esquivo á la voluntad que me habeis mostrado, determino de contaros todo aquello que entiendo bastará, y los términos por donde la mudable fortuna me ha traído al estrecho estado en que me hallo; pero porque me parece que es ya algo tarde, y segun mis desventuras son muchas, sería posible que ántes de contaroslas la noche sobreviniese, será bien que todos juntos á la aldea nos vamos, pues á